

ED: ¿Qué significa la Resurrección de Cristo en el Pentecostés 1984?

JA: Es en primer lugar una afirmación de la vida sobre la muerte. El Dios bíblico, el Padre de Jesucristo es fundamentalmente el Dios que opta por la vida y la desea en plenitud para sus hijos. Se alza contra todas las fuerzas de muerte y asume la causa de la vida y de aquellos que la promueven.

La afirmación de fe de que Jesucristo es resucitado por su Padre va en primer término en esa línea. En nuestro país, las fuerzas de muerte están desgraciadamente demasiado presentes; ellas apuntan a la destrucción de nuestro pueblo, su destrucción física —pienso en la desocupación, el hambre—, la destrucción de su identidad, la destrucción de su esperanza. Celebrar la Resurrección hoy día es celebrar el proyecto de vida y de vida en plenitud de nuestro Dios. Significa levantar la esperanza de un pueblo, dar sentido divino a sus justos anhelos, fortalecerlo.

Pero, además, la Resurrección es para los creyentes la afirmación de que la práctica de Jesús es aceptada por su Padre. Esa práctica, condenada por los poderosos de su época como blasfema y peligrosa, es sin embargo la única práctica aceptada por el padre. La Crucifixión eliminó a Jesús, el Profeta nazareno, testigo del Dios bíblico, esperanza de los pobres y desheredados. La Resurrección es la intervención del Padre que confunde a los que mataron a Jesús, es la indicación de que el único tipo de vida que tiene sentido para Dios, es aquella que vivió Jesucristo: desde el corazón de los despreciados, amar con hechos, anunciar al Dios de la Historia, hablar con valentía la verdad, estar dispuestos a entregar la vida para que haya vida en plenitud, dar, en suma testimonio del Dios vivo. Eso es celebrar la Resurrección.

Hoy en día, eso significa valorar desde la fe el compromiso generoso y profundo de tantos hombres y mujeres de nuestro pueblo que no desfallecen, que aman con fuerza, que entregan su vida —y muchas veces su sangre— por sus hermanos. Es un gran cuestionamiento también para aquellos que nos decimos cristianos pero que no nos atrevemos a entrar en la lógica de la práctica de Cristo.

Finalmente, para nuestra Iglesia latinoamericana, la Fiesta de la Resurrección está convirtiéndose en la celebración de su vida misma. En efecto, la vitalidad de nuestra Iglesia se está haciendo notar por la calidad de muchas comunidades cristianas que viven la fidelidad del Evangelio en una



Nancy Arellano

Resurrección, el triunfo de los pobres

Entrevista de Alberto Adrianzén y Carlos Iván Degregori

De mirada tranquila y voz profunda, Jorge Alvarez Calderón trasmite de manera transparente lo que significa optar por el pobre hoy. Su testimonio personal de entrega, así como su comprensión del mensaje evangélico, lo ubican como uno de los sacerdotes-junto con Gustavo Gutiérrez con quien celebró sus bodas de plata sacerdotales hace pocos meses— que han decidido unir sus vidas con los condenados de esta tierra.

Alvarez Calderón es amigo de muchos años del padre Gutiérrez, quizás el más importante teólogo de América Latina y del Tercer Mundo. A continuación un breve resumen de una larga conversación que busca desentrañar el significado de Semana Santa —de la muerte y resurrección de Cristo— en un Perú agobiado por el hambre y la miseria pero al mismo tiempo remecido por los intentos del pueblo de construir una nueva esperanza.

entrega muy honda por su pueblo. La práctica de Jesús está siendo vivida de mil maneras en gestos, opciones palabras. Hay una experiencia muy profunda de la fe, del llamado del Señor y de su seguimiento. Los mártires de nuestra iglesia en estos últimos años dan testimonio de la fe en Jesucristo desde una inserción real en el sufrimiento y anhelo de vida de los pobres. Son signo de la presencia del Resucitado. Son gérmenes de esperanza que entonan y dan sentido al esfuerzo de los pobres por construir un mundo fraterno para todos. Celebrar la Resurrección es celebrar esa fuerza de vida que el Señor nos entregando a su

Iglesia, y comprometerse a que se desarrolle.

ED: ¿Qué significaría el triunfo de la vida sobre la muerte en términos sociales. Porque hablas del triunfo de la vida sobre la muerte, algo así como la esperanza futura. Sin embargo, ahora estamos en la época en que triunfan los factores de muerte; ¿qué sería entonces, el triunfo de la vida sobre la muerte, qué tipo de orden habría entonces?

JA: la fe en la Resurrección apunta hacia un futuro de plenitud, promesa de Dios, pero se va realizando concretamente también hoy. Por ello, y para abordar su pregunta quiero empezar valorando cosas que existen ya entre nosotros. Me refle-

ro a ese rico tejido de organizaciones de base y el compromiso solidario y cotidiano que tantos hombres y mujeres tienen en ellas. En esas organizaciones los pobres luchan por su vida y la defienden; son una admirable afirmación del deseo de vida en medio de tantas condiciones de muerte. Es cierto que en situaciones tan duras en las que vive el pueblo, muchos se desmoralizan, pierden toda esperanza, llegan a no creer en nada ni en nadie. Pero es cierto también que muchos otros dan testimonio de la fuerza de otra lógica. Ellos no se resignan y, porfiadamente, con tenacidad, luchan por la vida.

Pienso en aquellos que es-

tán comprometidos en las organizaciones vecinales y campesinas, en los comedores y bibliotecas populares, en los centros de salud. Pienso en aquellos que defienden sus sindicatos a pesar de los duros ataques de que hoy día son objeto. En todo ese mundo popular hay una fuerza y creatividad que es a la vez realidad y esperanza. Ningún proyecto social debe descuidar esa riqueza que existe en la base y en sus organizaciones si quiere recoger y potenciar la vitalidad de un pueblo.

El pueblo anhela, por otro lado, una auténtica democracia. Aquella que le permita participar y gestar su propio destino, aquella que le permita afirmarse. Por eso rechaza los verticalismos, vengán de donde vengan. Y eso empata con una de las exigencias básicas del evangelio que es la fraternidad. Un gran reto en la construcción de un orden social es elaborar el proyecto que cuide las condiciones de una auténtica fraternidad, donde se tienda a la eliminación de la injusticia y la explotación de un grupo sobre otro.

Más aún, el Evangelio, plantea una crítica muy profunda a una concepción del poder en términos de dominio, por ser esto justamente un atentado contra la fraternidad. El poder, desde el mensaje de Jesús, debe ser concebido como un servicio y, más aún, como un servicio que tiene como punto de referencia al más olvidado. El pobre es el punto de arranque y el lugar de verificación de un poder eficaz y creador. Esta crítica atraviesa a todo el conjunto social. A los poderosos que en nuestros países utilizan el poder en desmedro de la vida de las mayorías. Pero también a muchos dirigentes populares, que marcados por el egoísmo, la corrupción o una concepción errónea de sus cargos, se aprovechan de ellos en provecho personal o de dominio de grupo.

Pero es importante subrayar otra idea. El poder no lo hace todo en la sociedad. Es peligroso cuando el poder se vuelve como un absoluto y se busca el poder por el poder. Corre el riesgo descuidar la calidad de las organizaciones —que tienden siempre, por el pecado inherente, a volverse dominadoras— y la calidad de los dirigentes. Debemos forjar día a día organizaciones democráticas, respetuosas de los procesos, de la cultura, de los problemas concretos de un pueblo. Pero también debemos cuidar la calidad de nuestros dirigentes cuya mística y entrega vaya a la par con un testimonio personal de coherencia, germen del nuevo tipo de hombre y de mujer que

precisamos. Sólo así iría surgiendo un proyecto de organización social que sea novedad y que sea realmente humana. El mensaje del Evangelio es un elemento de juicio continuo a nuestras prácticas y actitudes, a la calidad de lo que construimos. La fidelidad al mensaje evangélico es exigencia grande de entrega, pero es cuestionamiento continuo sobre la calidad de esta. El Evangelio no plantea ningún proyecto preciso de sociedad; exige, eso sí, que cualquier proyecto no solamente esté adaptado a las condiciones concretas de un pueblo sino que tenga como punto de referencia fundamental el más pobre y desde ahí construya en todos los niveles las condiciones de verdadera fraternidad.

ED: ¿Cuáles serían las fuerzas de muerte en este momento?

Lo que vivimos en nuestro país es demasiado evidente. Esas fuerzas de muerte ya nadie las puede ocultar. El sistema social tal como existe ahora, es, a nivel nacional e internacional, fuerza de muerte. Porque no está basado en el servicio y en el amor sino en el deseo descarado —inhumano— de lucro egoísta. Las fuerzas económicas y políticas que siempre se han aprovechado de nuestro país, hoy en día lo están haciendo con una intensidad cruel. La muerte lenta del hambre, la violencia creciente a la que se nos está sometiendo, la corrupción están ahí, y eso destroza.

Pero también es preciso decir, que esas fuerzas de muerte están en el seno mismo de nuestro pueblo, en la medida que allí el dominador está introyectado y el pecado lo marca. Pienso en aquellos que viven aún con el complejo de su raza, que consideran que el blanco, el poderoso, el que tiene plata, tiene la vida. Pienso también en la falta de comportamientos éticos a todo nivel.

Son actitudes y dimensiones de la vida popular que deben ser saneadas. Sin embargo, es preciso decirlo, en esta sociedad tan desgarrada, las fuerzas de fuera de nuestro pueblo, son las principales responsables de esta irracionalidad. Es preciso ubicar ese desorden social profundo para poder también luchar con las fuerzas personales del mal que cada uno tiene dentro de sí.

ED: En la Biblia hay una serie de frases tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, sumamente radicales. Por ejemplo: "Yo no he venido a traer la paz sino la guerra" "he venido a esperar a padres de hijos" ¿Qué implican para ti estas palabras contenidas en el mensaje bíblico?

JA: Estas palabras corres-



Gustav Doré

ponden a la veta profética del mensaje bíblico, y Jesús se inserta plenamente en esa línea profética. Eso quiere decir que el Dios de Jesucristo, que el Dios de la Biblia es el Dios de la Historia, el que se revela en el acontecimiento histórico como el Dios vivo, que ama, que actúa y que por ello surge contra todas las fuerzas del mal.

Palabras como éstas deben apartarnos de toda concepción de la fe o del amor en términos de resignación o pasividad. Acoger el don de Dios significa entrar activamente en la sociedad y ser promotor de auténtico amor y paz. Bien sabemos que en sociedades tan marcadas por el desamor como las nuestras, vivir la fe en forma concreta supone muchas veces tomas de posiciones claras, y eso trae conflicto. Amar y promover la paz implica evitar todo falso pacifismo, todo falso amor. Ese es el sentido de la palabra evangélica.

En esta manera de vivir, también sabemos que se redefinen en cierta manera los lazos familiares y de amistad. Porque aquellos que optan o están inmersos en un amor egoísta, no pueden comprender y hasta rechazan a los que seriamente desean adoptar una forma de vida más adecuada al Evan-

gelio. En nuestros países es bastante común ver ese tipo de desgarramiento, doloroso por cierto, pero marcado de humanidad y gestos de una familia más grande y de amor más fecundo que aquella basada en afectos egoístas. En ese sentido, a mi parecer, el problema central es optar por una vida que se entrega u optar por una vida que se repliega.

ED: En tus respuestas has puesto mucho énfasis en la importancia de Jesús. ¿Qué significa Jesús para ti?

Para mí, Jesús es el centro de mi fe. Es la revelación concreta de Dios en la humanidad, es Dios hecho carne. Me gusta hablar de Jesús como el Nazareno. Indica su origen concreto, del norte de Palestina, un sector poco apreciado en el país de su tiempo. Desde ese sector despreciado, Jesús se uoica en medio de los pobres y hace alianza de vida con el mundo, desde los pobres y despreciados. Es la encarnación del Dios siempre fiel al pobre y despreciado porque es Dios de la Vida y el amor. Jesús, en sus hechos, en su vida, en la ubicación social que asumió, en las palabras que pronunció, en la fidelidad hasta la muerte, encarna la radicalidad del amor de Dios que entra en la historia y se compromete totalmente

con ella.

La manera de actuar de Jesús, me indica la única manera de actuar que es conforme al Padre. De esa manera yo comprendo cuando dice "Yo soy el camino, la verdad y la vida". La resurrección de Jesús no es para mí un milagro cualquiera, un hecho espectacular; es una experiencia de fe y la prueba de que el Padre acepta y se compromete con ese Jesús, que El constituye en Señor. A partir de esa resurrección su práctica se constituye en criterio para juzgar toda práctica y manera de actuar en la humanidad.

El acercarme a los evangelios significa para mí un gran cuestionamiento sobre la manera cómo oriento mi vida, y la forma cómo debo impulsar y contribuir en la construcción de una sociedad acorde con la voluntad del señor. Creer en Jesús como el Señor es para mí creer en la historia y es fuente de esperanza agradecida y activa.

ED: En el mes de enero celebraste junto con Gustavo Gutiérrez las Bodas de Plata sacerdotales. ¿Cómo entiendes los últimos ataques, que además ya llevan tiempo, en contra de Gustavo Gutiérrez?

JA: En primer lugar, quiero aprovechar esta ocasión

para testimoniar una muy antigua y profunda amistad con Gustavo. Nos conocimos desde cuando éramos universitarios. Con él he compartido muchos proyectos. Es un auténtico amigo, un amigo fiel, un amigo que siempre está presente. Pero además —frente a tanto ataque inicuo que se está haciendo— es un hombre profundamente marcado por la fe en Jesucristo y su evangelio. Es un sacerdote coherente, y profundo. Su trabajo intelectual, reconocido a nivel internacional, brota de su misma fe y del compromiso con su vocación sacerdotal y eclesial. Es indignante el tipo de calumnias que se están haciendo.

Es preciso ubicar los ataques, contra Gustavo y contra su obra, la Teología de la Liberación. Los periódicos y las revistas que están implicados en la campaña representan intereses bastante claros, no precisamente evangélicos. Los cables internacionales, que distorsionan hechos e información sobre la obra y persona de Gutiérrez, vienen de agencias que no solo distorsionan hechos teológicos... No hay que olvidar en todo esto la existencia del Documento de Santa Fe, hecho por los asesores del gobierno de Reagan. Ahí se habla claramente de la Teología de la Liberación como algo que hay que combatir, como algo peligroso. En realidad, lo que ocurre es que hay sectores a nivel nacional e internacional que temen a una Iglesia que vive en concreto, por fidelidad al Señor, las exigencias de la encarnación. Los sectores dominantes prefieren una iglesia silenciosa y servil; no una iglesia profética. Buena Nueva para los pobres y oprimidos. Esos sectores tienen mecanismos bien refinados para confundir, echar lodo, calumniar, sembrar sospecha fuera y dentro de la Iglesia.

Por otro lado, Gustavo Gutiérrez no es el único involucrado en este tipo de calumnias y de ataques. Lo que ha ocurrido en esta semana en relación al Señor Cardenal muestra hasta qué punto se puede llegar. Como sacerdote deseo expresar aquí mi indignación por lo ocurrido y mi solidaridad plena con el Señor Cardenal. Yo sé hasta qué punto esas acusaciones no corresponden a la verdad y el cuidado que él siempre ha tenido por su fidelidad como Pastor. Quizá todo esto nos hace ver en concreto lo que significa la Semana Santa... Ser testigo del Señor de la Vida no es fácil, pero los que son fieles son objeto de las Bienaventuranzas: "Felices los perseguidos por causa del bien, porque de ellos es el Reino".